

El señor Dámaso le dijo a Elisa -la madre de Miguel- que, puesto que el joven gozaba de demasiado tiempo libre y eso no podía ser bueno para ningún chaval de su edad, por qué no iba por las tardes a su casa a leer para él. A cambio de una modesta paga. Su madre gastaba sus días limpiando y fregando por un sueldo miserable, así que no vio aquella idea con malos ojos: al contrario.

-El señor Dámaso apenas puede ver ya, lleva años perdiendo la vista poco a poco. Por eso nunca sale de su casa -le dijo a Miguel-. Le harías un gran favor si leyese para él.

Lo cierto era que al viejo le faltaba poco para quedarse ciego sin remedio. Trabajaba para él una mujer mayor, analfabeta, que le hacía la comida y le limpiaba el apartamento, porque de no hacerlo aquello se convertiría en un basurero. El hombre se pasaba las horas sentado en su sillón escuchando la radio tan alto que el resto de vecinos también la oían a través del patio interior. Tenía un aparato de esos bien grandes, capaces de recibir emisoras extranjeras; escuchaba la BBC prestándole atención con deleite, como si entendiera inglés, solamente por la ilusión de sentirse conectado al exterior. A Miguel no acababa de gustarle: le parecía que era un cascarrabias, siempre de mal humor. Tenía un aspecto muy descuidado: como no se veía en el espejo, no se afeitaba, y la barba le crecía hasta que Elisa se la rasuraba de tanto en tanto.

El primer día de aquel su primer empleo su madre se empeñó en que se vistiera de domingo y se peinase como si en lugar de ir a casa del señor Dámaso fuese a ir a casa del obispo. Todavía le trataba como a un niño pequeño, a pesar de que había cumplido meses atrás los trece años; y él, en días como aquel, no tenía ánimos de protestar. Sabía que si se comportaba así con él era por un exceso de celo motivado por las circunstancias que la habían llevado a tener que educarlo sola. Miguel había significado para su madre una especie de sostén, un asidero al que sujetarse para seguir adelante tras la pérdida de su marido, y ahora le costaba darse cuenta de que estaba creciendo y ya no necesitaba sus cuidados igual que antes. En ocasiones él se dejaba hacer, pero en otras ambos terminaban por discutir en un tira y afloja que casi siempre concluía con ella cediendo ante la obvia realidad.

El viejo era un gran aficionado a la lectura, así que su ceguera era para él una tortura insoportable. Poseía en su casa una colección inmensa de libros de todo tipo: no solamente novelas, sino también libros de viajes, tratados de historia y ensayos de ciencia. Algunos de ellos se le antojaron a Miguel gruesos como ladrillos. El señor Dámaso decía sabérselos todos de memoria, con lo que ordenó al chico ir cada semana a la biblioteca para sacar un nuevo libro que leerle.

Aquella era la parte de la tarea que más le gustó a Miguel: tener la libertad de andar a su aire por la calle, perderse por el barrio y regresar nunca antes de tres cuartos de hora, cuando en realidad no debería ocuparle más de uno. Los préstamos de la biblioteca duraban siete días, y el señor Dámaso exigía cada semana un libro diferente, sin que le importase el grosor de los tomos, así que en ocasiones se pasaba horas y horas leyendo sin parar. Muchas veces se le hacía insufrible y enormemente aburrido tener que leer libros a los que no les veía ningún interés, puesto que su lenguaje era muy enrevesado y complicado, y daban la impresión de carecer de una historia y de un hilo conductor: daban vueltas y vueltas a algún tema que él no alcanzaba a comprender; pero los había también que le cautivaban desde la primera página: libros de aventuras o de intriga, de naufragos o piratas, de crímenes y misterio.

Con aquellos libros lograba evadirse y hasta olvidarse de la presencia del viejo, a pesar de que este carraspeaba ruidosamente y se atragantaba, emitiendo sonidos desagradables que le asqueaban. En el verano era cuando peor estaba, como si no aguantase el calor pegajoso que invadía la ciudad: no cesaba de toser y escupir en una palangana que había junto a su sillón. Miguel intentaba no mirarle y no oírle, pero resultaba imposible. A menudo, de tanto toser perdía el hilo de lo que le estaba leyendo y tenía que volver atrás y repetir el último párrafo, con lo que el chico también llegó a saberse aquellos libros de memoria. Luego, por las noches, a solas en su habitación, se imaginaba ser Robinson Crusoe en compañía de Viernes, o el rey Ricardo Corazón de León luchando contra los infieles en las cruzadas, o Gulliver rodeado de gigantes. A él, que nunca se le hubiera ocurrido por sí mismo leerse ninguno de aquellos libros viejos, le resultó fascinante introducirse en su interior, vestirse con las ropas del protagonista, celebrar duelos en un claro del bosque para salvar el honor de una dama extranjera, navegar por los mares del sur y descubrir una isla desierta...: en fin, salir de aquel triste bloque de apartamentos y de aquella ciudad gris. Lo que había previsto como una tarea sumamente monótona y odiosa se tornó en toda una aventura. Le parecía un verdadero milagro poder viajar hasta el Pacífico Sur con solo subir el tramo de escaleras que llevaba al apartamento del señor Dámaso. Y se dijo que cuando se hiciese mayor sería escritor. Una noche, antes de acostarse, le contó a su madre sus planes y ella se burló, asegurándole que los escritores eran gentes de mal vivir, hombres desnutridos y enfermos de penalidades, infelices que odiaban la realidad y morían solos porque nadie les quería.

Pero llegó la guerra y todo cambió. Al principio Miguel pensó que aquella contienda nunca le afectaría, porque solamente oía de ella a través de la radio del viejo. Cuando entraba en su casa la tenía puesta a todo volumen, escuchando los noticiarios, y por las tardes, desde abajo en el patio, también la podía escuchar. El miedo se extendió por el vecindario, la gente andaba nerviosa arriba y abajo, pero a él se le antojaba aquello como otra aventura más, similar a tantas otras guerras de las que ya por entonces había leído y que, impresas en el papel, eran poco más que el contexto propicio para los héroes de novela. Oyendo los avances del locutor de radio, o por medio del propio señor Dámaso, que a falta de nadie más con quien hablar lo hacía con él, no pensaba ni por asomo que aquella guerra tuviese que ver con ellos.

Sin embargo, a las pocas semanas su madre dejó su trabajo de limpieza y entró, junto a muchas otras mujeres del barrio, en una fábrica de munición. El sueldo seguía siendo escaso, pero cada vez pasaba más horas allí.

Hubo también los que decidieron marcharse, huir, y otros que fueron llamados a filas; pero aún así, con todos aquellos cambios, continuó creyendo que las batallas de las que oía hablar eran algo remoto y ajeno.

Sus pensamientos solo variaron cuando comenzaron a aparecer en lo alto del cielo aviones sobrevolando la ciudad y disipándose en la distancia, y algunos camiones con soldados por las calles. Entonces comprendió con toda su carga de temor e impotencia las expresiones en los rostros de sus vecinos y de su madre. Todos habían sabido desde el principio que aquello iba en serio, que no era un juego de adultos. Todos menos él.

Por fortuna, la ciudad era todavía una estación de paso hacia el frente. Los camiones no se detenían: atravesaban el barrio como sombras, causando un estruendo que únicamente desaparecía cuando ya estaban lejos. En aquellos días su madre le prohibió salir, salvo para subir al piso del señor Dámaso (ella ignoraba que parte de su tarea consistía en ir a la biblioteca; creía que el viejo tenía libros de

sobra en su colección), así que tenía que conformarse con contemplar a los soldados desde la ventana. Alguno de ellos, en alguna ocasión, miraba hacia arriba en el momento que él observaba su paso y fugazmente sus miradas coincidían, llamándole poderosamente la atención el hecho de que muchos parecían no ser mucho mayores que él.

Sin embargo, a las pocas semanas su madre dejó su trabajo de limpieza y entró, junto a muchas otras mujeres del barrio, en una fábrica de munición. El sueldo seguía siendo escaso, pero cada vez pasaba más horas allí.